

---

## ¡Cantate! - de la victoria sobre el animal

Sermón sobre Apocalipsis 15,2-4 / El Escorial, domingo el 20 de abril del 2008

---

Rainer Sörgel

### I. ¡Cantate!, o porque cantamos en medio de un mundo apocalíptico

Querida comunidad, queridos amigos, el calendario litúrgico ha llamado este quinto domingo después de la resurrección de Jesús "¡cantate!" (¡cantad!). Desde la realidad de la resurrección la iglesia está invitada a cantar un nuevo cántico, a entonar una nueva canción, a expresar su alegría y a celebrar su felicidad entonando un cántico de victoria. Por este motivo se ha elegido el texto de Apocalipsis 15 que acabamos de leer. Aquí vemos como la comunidad celebra su victoria en medio de un mundo auténticamente apocalíptico. Desde el año 81 gobernaba el emperador Domiciano al que el libro de Apocalipsis alude con el número 666 como *Nerón resucitado*. Domiciano fue el primer César que se llamó "señor y dios" y que exigió culto al César en todo el imperio, lo cual suponía para la iglesia una situación muy delicada, realmente apocalíptica. ¿Cómo se puede cantar en estos momentos?

En el domingo de *¡Cantate!* recordamos que frente a la tragedia que puede ser la vida humana y frente a los dolores y penas que podemos sufrir existe también una razón para cantar y para celebrar la victoria. Evidentemente, Apocalipsis nos enseña que el mundo puede ir muy mal, tan mal que para poder vivir en él tenemos que imaginarnos otro mundo nuevo. Apocalipsis también nos muestra que nuestra propia vida se produce a menudo a modo de un drama ante el cual nosotros estamos como unos espectadores externos e impotentes. - Pero también nos enseña que en medio de todo esto existe otra realidad, la realidad del trono de Dios, la realidad de la alabanza y del cántico, la realidad de la resurrección y de la vida, la realidad de Dios que nos acompaña en el drama de nuestra vida y nos conduce a su propia presencia.

En el Nuevo Testamento podemos ver como frente a la realidad de la cruda muerte poco a poco va cobrando espacio la realidad de la resurrección y de la victoria triunfante. En el evangelio de Marcos Jesús simplemente muere dando un "fuerte grito". Es decir no hay en principio nada más que la cruda muerte con toda su brutal realidad. Luego en Mateo el fuerte grito de Jesús ya es interpretado a modo de "entregar su espíritu"; o sea aparece una nota

esperanzadora de una muerte confiada. En Lucas el fuerte grito cobra más esperanza todavía al convertirse en una muerte consciente de irse al Padre. Juan finalmente supera sus colegas evangelistas y comprende la muerte de Jesús como una consumación victoriosa que apenas ya tiene que ver nada con la habitual crueldad de la muerte. Si queremos podríamos añadir otro ejemplo más, el de un escrito gnóstico que a mediados del siglo pasado fue encontrado en Nag Hammadi (Egipto). En la *Apocalipsis de Pedro* se cuenta como los que crucificaron a Jesús, a los que una y otra vez se llama "unos ciegos", crucifican a un Jesús falso. El verdadero Jesús está al lado de la cruz y se parte de risa porque "estos ciegos" piensan que de verdad se podría acabar tan fácilmente con él. Un Jesús que está al lado de la cruz y se ríe sobre aquellos imbéciles que de verdad creían que se pudiera matar la vida.

Evidentemente, no tenemos aquí un texto canónico, pero lo que expresa tiene mucho que ver con el cántico de la iglesia triunfante en Apocalipsis. Existe una alegría, una risa, una felicidad y un elemento triunfante en el cristianismo que jamás se puede destruir. **Friedrich Nietzsche** no pudo encontrar en el cristianismo de su generación este cántico de victoria y dijo: "*Debieran cantar mejores canciones si quieren que yo aprenda a creer en su redentor. ¡Más redimidos debieran presentarse sus discípulos!*" El teólogo suizo **Karl Barth** encontró el espíritu de la victoria de la resurrección en la música de Mozart. Para Barth toda la música de Mozart, quien tocaba y tocaba y no dejaba de tocar a pesar de todas las muertes, pone de manifiesto una soberanía y una ligereza que triunfa sobre un mundo que está condenado a hundirse.

Podríamos preguntar: ¿Por qué el cántico, por qué la música? - Pues posiblemente porque la música es capaz de acceder y de expresar las imágenes de salvación que Dios ha puesto en nuestro inconsciente. Uno de estos símbolos es el animal, la bestia.

## II. La bestia, o porque hablamos del *animal* cuando nos referimos a nuestros deseos

Tanto en la literatura religiosa universal como en la Biblia, el *animal* es un símbolo que hace referencia a los deseos naturales, a los impulsos y apetitos que están en nuestro inconsciente. Notamos todos los días como en nosotros vive algo animal, una parte de naturaleza primitiva: el apetito sexual, el impulso a la agresión física, el deseo de venganza, la ira, la pereza, la soberbia, el orgullo, la gula; se puede prácticamente recorrer lo que se conoce como los siete pecados mortales. Todos estos deseos, apetitos, impulsos y tendencias experimentamos en nosotros. La tradición cristiana los ha llamado "pecados mortales" porque parece que son estos impulsos los que impiden que vivamos como humanos. Cuando los

sentimos, nos sentimos inhumanos y nos condenamos en nuestra conciencia. Porque el que se deja llevar por estos impulsos animales de verdad deja de ser humano y se convierte en animal. Por eso el símbolo de este mundo de apetitos es el *animal*. Y en el hecho de representarlo como animal, como bestia, expresa cierto rechazo de nuestros propios impulsos más fundamentales. Pero al fin y al cabo no somos animales sino humanos, por eso nos cuesta tanto en aceptar estos deseos primitivos como algo nuestro, hasta en algunos momentos nos producen un auténtico miedo. Lo que vive en nosotros nos parece extraño, misterioso, peligroso. Sentimos en nosotros todo un mundo de instintos que parecen contrario a lo humano. Se abre todo el abismo que parece separar la naturaleza de la cultura, los instintos básicos de la voluntad, los sentimiento de la razón, etc. De la manera que nos sentimos divididos, como unos esquizofrénicos. Toda la literatura y tradición cristiana está llena de ejemplos de como el hombre piadoso intenta enfrentar este mundo animal que descubre diariamente en su alma. Sólo hace falta subir al Monasterio de San Lorenzo y mirar los tapices que representan las tentaciones de San Antonio, aquel anacoreta y ejemplo de la piedad monástica que en el siglo IV vivía una vida rigurosamente ascética en el desierto de Egipto. En el tapiz se representa toda clase tentaciones con las que se encontraba a modo de animales fantásticos, en forma de bichos raros y fabulosos.

En cuanto a nuestro texto tenemos que sacar la conclusión de que la victoria sobre la bestia en realidad es una victoria sobre nosotros mismos. Vencer el animal quiere decir reconciliar la naturaleza con la cultura en nuestro alma. La superación del conflicto deja de ser algo exterior. El conflicto de los apetitos es un conflicto interno. La fe hace posible una superación de los conflictos humanos a base de un proceso de salvación interna y no necesariamente externo a modo de guerras y otras crueldades. Ahí está el verdadero pacifismo cristiano. Entendiendo el libro Apocalipsis así, es decir a modo de un proceso de desarrollo interno del hombre, nada tiene que ver con guerras y catástrofes en la historia.

### **III. La victoria sobre el animal, o porque es importante vivir sus deseos**

La bestia sobre la que la iglesia canta victoria, y que se describe en los capítulos anteriores, es en todos los sentidos un animal ambiguo, extraño, enigmático y seductor. Al principio es un dragón, luego una bestia que sube desde el mar y finalmente otra de la tierra. También su nombre es un secreto, tiene varias cabezas, todo el mundo lo adora, seduce a la gente con el aparente dominio de la muerte, ...en fin, parece que no es tan fácil vencer el animal. Y si la bestia representa el mundo de nuestros deseos fundamentales, que a modo de

apetitos e instintos sentimos en nosotros, entonces la victoria sobre nosotros mismos no es para nada fácil. A lo largo de la historia se ha descubierto por lo menos dos grandes errores, dos vías desafortunadas para conseguir esta victoria.

### La falsa satisfacción de los deseos fundamentales - la idolatría

La falsa satisfacción de los deseos fundamentales del hombre se puede comprender como un sucedáneo (Surrogat) religioso, como una solución pseudo-religiosa de aquella problemática que sólo puede solucionarse por medio de la religión. La bestia ofrece lo finito como algo eterno.

El problema de la satisfacción de los deseos humanos es que el hombre busca una satisfacción definitiva a sus deseos. Pretende resolver con la satisfacción de sus deseos el problema de la finitud de su existencia, quiere prolongar, eternizar su vida por una exagerada solución de sus deseos fundamentales. No es suficiente tener que comer en este día, quiere tener comida para muchos años. No es suficiente tener un espacio para vivir y dormir, quiere poseer territorio que le garantice la supervivencia por muchos siglos. En fin, el problema del deseo es precisamente la razón que busca responder al problema de su finitud, problema que sólo puede resolverse religiosamente.

El resultado de este tipo de la falsa o exagerada resolución de los deseos siempre es la idolatría. O bien se empieza a adorar los objetos adquiridos, o la pareja que se pretende poseer, el partido político, el club de fútbol o la patria se convierten en los auténticos dioses que dan sentido a la vida. Este fenómeno existe desde que el hombre ha cobrado conciencia de su existencia.

### La lucha acética contra los deseos - la represión del deseo

Pero una desafortunada resolución al problema de los deseos no sólo existe en el ámbito del mundo secular, sino también en las tradiciones religiosas, en la historia del cristianismo. Precisamente al ver de cómo los hombres adoraban todo tipo de objetos finitos como si fueran dioses, es decir al ver el poder dañino de los deseos primitivos en el hombre, la tradición cristiana se ha ido al otro extremo: ha declarado la lucha encarnada a los apetitos del hombre. Ya no podía haber "satisfacción del deseo" sino más bien "dominio de la carne", "prohibición estricto del sexo, control del comer y beber, vigilancia de las emociones, examen de conciencia, inquisición de los sueños y fantasías", etc. Si los deseos del hombre proceden del mundo animal y pueden ser tan dañinos habría que declararles la guerra. Y si no fuera

posible erradicarlas, por lo menos habría que someterlos a un estricto control por la institución iglesia.

El resultado de ello fue y es la "represión del deseo". Desde el siglo pasado y los descubrimientos de la psicología profunda se sabe perfectamente que la represión del deseo no lo hace desaparecer, sino lo reprime al inconsciente del alma humano. Desde donde puede irrumpir más tarde con un poder todavía más descontrolado.

### La solución: integración de los deseos

Entonces ¿qué hacemos con la bestia, con nuestros deseos más profundos? Parece que no es posible la vía de la satisfacción falsa y exagerada, ni tampoco es factible la represión de nuestros apetitos por medio de una rigurosa moral religiosa. Creo que lo que la Biblia llama "victoria sobre la bestia" se puede entender en sentido de un **proceso de integración de nuestros deseos en nuestra personalidad a base de la confianza en Dios.**

Habría que comprender que los deseos y apetitos no son malos en sí. Malo es cuando incurrimos en un círculo diabólico de querer resolver el problema de nuestra vida infinita a base de una satisfacción absoluta. En otras palabras es la angustia fundamental que nos hace abusar de los deseos. Entonces convertimos en religión lo que no es.

Por eso, es la confianza en Dios la que hace posible una satisfacción "razonable" y "humana" de nuestros deseos, que evidentemente atribuyen a nuestra felicidad. Esto se puede considerar como una humanización de las partes animales en nosotros. Esto es lo que encontramos en el fondo de cuando Adán comienza a dar nombres a todos los animales. Con esto no solamente se hace consciente de los deseos que se encuentran en su alma, sino además los humaniza de alguna forma. Lo que era animal, ahora tiene un nombre humano. Algo similar encontramos en el evangelio, cuando nos cuenta de que Jesús *"estaba con las fieras y los ángeles"* en el desierto. Donde esto ocurre que alguien puede estar con animales y ángeles, es decir donde el encuentro con Dios integra también los deseos más profundos, ahí de verdad se ha vencido la bestia y se puede cantar una nueva canción. ¡Cantate!

Amén.